

Las vidas del Ebro

■ Un sinfín de actividades y miles de habitantes dependen del agua que llega hasta el Delta

ESTEVE GIRALT

Sant Carles de la Ràpita 'Deltatre'

El agua de la marea entra suavemente desde el mar hasta la laguna de l'Encanyissada, en uno de los espacios de mayor valor medioambiental del delta del Ebro. Un pescador de la Confraria de Sant Pere espera, paciente, la llegada de capturas junto a la *panteina*, método ancestral de pesca. Sus compañeros aún digieren el desayuno, generoso, tras una madrugada de trajín. La pesca en l'Encanyissada y la Tancada, dos lagunas protegidas por la figura del parque natural, es un privilegio de cuatro meses al año al alcance de veinte pescadores, agraciados en un sorteo rotatorio que se repite cada temporada entre el millar de cofrades. Las capturas no han parado de descender en los últimos años. "Sin agua dulce estamos muertos", dice Raúl Paulino, guarda de l'Encanyissada.

El agua que baja por el Ebro hasta la desembocadura y riega todo el Delta gracias a la red de

OMNIPRESENTE Y POLÉMICA

Junto al humedal y el río es casi imposible dar dos pasos sin oír hablar de caudales

canales determina el día a día de sus gentes. Palabras y conceptos más propios de una clase de hidrología, como caudal ecológico, sedimentos, regresión o subsidencia (hundimiento progresivo del terreno), adquieren todo su significado si se recorre el humedal y el tramo final del río, escuchando a a arroceros, mariscadores o emprendedores turísticos.

"El Delta ya está en un proceso de regresión, cada año está más

debajo del nivel del mar, desaparece. Sin la aportación de sedimentos y agua, nos vamos a pique", explica Josep Bertomeu, arrocero y pequeño empresario turístico. Los pantanos, río arriba, retienen los sedimentos. Josep, *Polet*, así lo conocen todos en el Delta, practica una dichosa forma de turismo ecológico, alquilando sus barracas, el alojamiento tradicional del Delta, y dando a conocer sus tradiciones y valores.

'PERXADORS'. Raúl Paulino, guarda de la Confraria de Sant Pere, en Sant Carles de la Ràpita

(Montsià), accede al muelle de pescadores de l'Encanyissada, en pleno delta del Ebro, 'perxant'

por las aguas pocas profundas de la laguna. Las capturas han caído por la falta de agua dulce

Detrás de las cifras, de los hectómetros cúbicos de nuevos regadíos o del cemento de los embalses proyectados en el nuevo Plan Hidrológico, entre arrozales, aves migratorias y el laberinto de canales emergen nombres, apelli-

dos y un puñado de apodos, como se conocen entre sí muchos vecinos. Casi todos, de uno u otro modo, viven esperando el agua.

"La vida y la economía aquí dependen del agua, la industria agroalimentaria, la marisquería,

la pesca, la caza, el turismo vinculado al ecoturismo o el paisaje, quizás representen el 90% del PIB (producto interior bruto) del delta del Ebro e incluso del conjunto de las Terres de l'Ebre", explica, con tono sosegado, el biólogo Carles Ibáñez. Al frente del programa de ecosistemas acuáticos del IRTA, organismo público catalán, Ibáñez controla junto a

CONTINUA EN LA PÁGINA SIGUIENTE >>



VÍCTOR LLIBRE